



TRISTEZA DE LA TIERRA
LA OTRA HISTORIA DE BUFFALO BILL
ÉRIC VUILLARD

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Tristesse de la terre.*
Une histoire de Buffalo Bill Cody

© Actes Sud, 2014
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2015
© Errata naturae editores, 2015
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-96-1

DEPÓSITO LEGAL: M-24313-2015

CÓDIGO BIC: FA / HB

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: Gertrude Käsebier, *Portrait of Zitkala Sa*, 1898,
Smithsonian Institution, Kenneth E. Behring Center

maquetación: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

EL MUSEO DEL HOMBRE	9
¿CUÁL ES LA ESENCIA DEL ESPECTÁCULO?	15
UN ACTOR	23
BUFFALO BILL EN ALSACIA-LORENA	33
LA MASACRE DE WOUNDED KNEE	45
COMPRAR UNA NIÑA	55
LA «BATALLA» DE WOUNDED KNEE	67
LA CIUDAD DE CODY	85
LA REALIDAD YA NO ES LO QUE ERA	99
LOS PRÍNCIPES DEL ENTRETENIMIENTO	
MUEREN TRISTES	109
HISTORIAS	121
LA NIEVE	129
CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS	140

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*a Stéphane Tiné
y Pierre Bravo Gala*

EL MUSEO DEL HOMBRE



El espectáculo es el origen del mundo. En él radica lo trágico, inmóvil en una rara obsolescencia. En Chicago, durante la Exposición Universal de 1893, que conmemoraba el cuarto centenario del viaje de Colón, una caseta de reliquias, ubicada en la calle central, expuso el cadáver momificado de un recién nacido indígena. Hubo veintiún millones de visitantes. La gente se paseaba por los balcones de madera del Edificio Idaho, admiraba los milagros de la tecnología, como la colosal Venus de Milo de chocolate que había en la entrada del pabellón de Agricultura, y luego se compraba un cartucho de salchichas por diez *cents*. Se habían construido incontables edificios, y aquello parecía un San Petersburgo de pacotilla, con sus arcos, sus obeliscos, su arquitectura de escayola tomada de todas las épocas y todos los países. Las fotografías en blanco y negro que nos han llegado transmiten la ilusión de una ciudad extraordinaria con palacios circundados de estatuas y surtidores, con estanques a los que conducen, despacio, unos peldaños de piedra. Sin embargo, todo es de mentira.

Pero la mayor atracción de la Exposición Universal, su apoteosis, lo que más espectadores congregaría, fueron las representaciones del Wild West Show, el Espectáculo del Salvaje Oeste¹. Todo el mundo quería verlo. Y Charles Bristol —el dueño de la caseta de reliquias indias que exhibía el cadáver infantil— también quería dejarlo todo para presenciarlo. Aunque él ya conocía aquel espectáculo, puesto que en los comienzos de su carrera había sido *manager* y figurinista del Wild West Show. Pero ya no era como antes, ahora se había transformado en una enorme empresa. Había dos representaciones diarias para dieciocho mil localidades. Los caballos galopaban sobre un fondo de gigantescas telas pintadas. No era ya esa vaga sucesión de rodeos y pistoleros que él había conocido, sino una verdadera puesta en escena de la historia. Así, mientras la Exposición Universal celebraba la Revolución industrial, Buffalo Bill ensalzaba la conquista.

Más tarde, mucho más tarde, Charles Bristol había trabajado para la Kickapoo Indian Medicine Company, que empleaba aproximadamente a ochocientos indios y a una cincuentena de blancos para que vendiesen su mercancía. Su medicamento estrella era

¹ Respetamos a lo largo de todo el libro la decisión del autor de mencionar siempre este espectáculo con su nombre en inglés (N. de la T.).

el «Sagwa», un mejunje de hierbas y alcohol que combatía los reumatismos o la dispepsia. Al parecer, los *cowboys* tuvieron que padecer con frecuencia distensiones abdominales y dispepsia, dado que por todo el país le buscaban remedio. Finalmente, Charles Bristol abandonó la venta de medicamentos y emprendió largas giras con sus objetos artísticos. Dos indios winnebago que formaban parte de la Medicine Company decidieron irse con él. El museo se estableció en el Medio Oeste, y los pequeños números que ofrecía, en los cuales los indios ilustraban con danzas la función precisa de cada objeto, eran tan entretenidos como pedagógicos.

A finales de 1890, apenas tres años antes de la Exposición Universal, Charles Bristol se asoció con un miserable llamado Riley Miller. Desde ese instante, dejamos de dar crédito a la leyenda. Hasta entonces, según Bristol, los tesoros que había acumulado los debía a su amistad con indígenas: una larga serie de pequeños regalos. Pero Riley Miller era un asesino y un ladrón. Desvestía y arrancaba la cabellera a los indios muertos, los asesinaba y se llevaba sus mocasines, sus armas, sus túnicas, sus melenas, todo. Hombres, mujeres o niños. Una parte de las reliquias que Bristol exhibió en la feria de Chicago procedía de ahí. Más adelante, el Museo de Historia de Nebraska comprará las colecciones de Charles Bristol; y, en la

actualidad, tal vez encontremos en algún rincón de los fondos de la institución al niño indio momificado de la Exposición. Vemos, pues, que el espectáculo y las ciencias humanas se iniciaron en los mismos expositores, con curiosidades arrebatadas a los muertos. Hoy en día, en las estanterías de los museos de todo el mundo no se encuentran más que despojos, trofeos. Y los objetos negros, indios o asiáticos que en ellos admiramos fueron sustraídos a cadáveres.

¿CUÁL ES LA ESENCIA DEL ESPECTÁCULO?



Retrocedamos un poco, unos cuantos años antes de la Exposición Universal de Chicago, y examinemos un poco más de cerca ese formidable Wild West Show. ¿Qué poderoso atractivo puede llevar cada día a cuarenta mil personas a acudir a este *show*? ¿Qué declive de su esquiva vida los desliza hasta la gran pista donde unos hombres a caballo galopan dando berridos entre decorados de cartón? Buffalo Bill había puesto en marcha su espectáculo diez años antes de la Exposición, pero el negocio se había desarrollado paulatinamente, añadiendo un número tras otro al dictado de las circunstancias. La primera versión seguramente se limitaba a una mera y monótona sucesión de rodeos, pero Buffalo Bill no se encasilló. Él, el antiguo *ranger* reconvertido en farandulero, iba a revolucionar el arte del entretenimiento, iba a hacer *algo diferente*. Buffalo Bill llevó entonces su circo de ciudad en ciudad, perfeccionó los números, contrató a nuevas estrellas; pero, a medida que evolucionaba, el Wild West Show iba granjeándose una forma distinta de éxito: ya no sólo era un circo, ya no era una compañía